

Mil preguntas hicieron los niños al señor José mientras la comida, relativas todas á sus extrañas aventuras y aun le hubieran hecho otras tantas á no haberles reprendido Herman por su importunidad, haciéndoles

ver que hacian muy mal en cansar en el tiempo de comer la imaginacion de aquel hombre que ya se habia ocupado la mayor parte de la mañana en satisfacer su curiosidad, y que todavia estaba dispuesto á complacerles en tiempo mas oportuno que el destinado para la comida. Suscitóse con este motivo una contienda entre el señor José y Herman y Casilda sobre el tiempo en que debia aqúe verificar su salida, y continuó su viage interrumpido. Ya estaba el tiempo bastante sereno, y creia el huesped que al dia siguiente estarian los caminos e

disposicion de poder continuar su caminata. Oponianse los dueños del cortijo, ya por la inseguridad del tiempo, ya tambien porque una vez que el caminante habia encontrado donde poder descansar con comodidad y amistosa franqueza, no bastaba hacerlo por espacio de un solo dia, sino que debia detenerse cuando menos los pocos dias que faltaban para concluir la semana. No dejó de tomar parte en la contienda Adelaida, tan pronto como advirtió por una mirada que la dirigió su mamá, que, si el huesped llevaba adelante su propósito de partir al dia siguiente,

:

era imposible hacerle el corto obsequio de las camisas. Unieron luego los niños sus ruegos á las instancias de la hermanita; y por fin se consiguió que el señor José dejase enteramente á su eleccion el dia de la salida. Ofrecióle Herman llevarle despues de comer, ya que el tiempo estaba fresquecito, á ver todas las posesiones que tenian al rededor del cortijo.

— Papá, ¿iremos tambien nosotros? preguntaron Enrique y Carlos.

— Os cansareis, dijo el papá; pues no ignorais que distan bastante unas de otras, y ademas

que los caminos no están buenos.

—Si papá quisiese, dijo Adelaida, todo se podría arreglar; y aun el que acompañásemos al señor José mamá y yo, y sin cansarnos.

¿Y de qué modo? preguntó Herman.

—Muy fácilmente, respondió la niña. Las mulas no trabajan hoy, todas están en la cuadra: con ponerles las jamugas, y el aparejo á las dos jacas podemos acompañar á V.V. mamá, yo y mis hermanos, sin cansarnos ni echar á perder el calzado.

No fué mal recibido el pensamiento de Adelaida, y antes de

concluir de comer se dió orden para que á las cuatro de la tarde estuviesen ensillados los dos caballos y dispuestas todas las cabalgaduras necesarias. Recogieronse despues de comer, como una hora poco mas ó menos, Herman, Casilda, y el huesped. Los niños, impacientes por la hora de salir á cabalgar, fueron á ver al señor Zenon, á quien contaron una que otra de las aventuras del señor José; y le digeron como aquella tarde iban todos de expedicion á enseñarle las posesiones. Ya tenia el señor Zenon noticia del huesped, y por lo que los niños le digeron,

vino en conocimiento de que debía ser hombre de bien, aunque mal aventurado. Preguntó por Adelaida el señor Zenon y le digeron sus hermanos las prisas que traia con las camisas, para regalar al huesped.

Ni un cuarto de hora pararon los niños en el aposento del señor Zenon; el deseo de ver aparejar las caballerías los llevó á la cuadra donde esperaron con la mayor impaciencia que todo estuviera dispuesto, y bajasen el huesped y sus papás. Llegó por fin la hora; acomodaronse todos lo mejor que pudieron, y, encaminadose la cabalgata hácia

el arroyo, llegaron muy en breve al bosquecillo cuya frondosidad agradó mucho al señor José. Todavía se conservaban los restos de la merienda, que hacia muy pocas tardes habia tenido en aquel sitio toda la familia de Herman; todavía el *valiente* fué á holgarse con los huesecillos que aquella tarde no habia querido comer. Apearonse para bajar hasta las márgenes del arroyo, vestidas de hermosas y olorosas flores. A pie subieron como unos cuatrocientos pasos hasta llegar á un sitio en donde, aprovechando una caída de aguas, habia hecho Herman un bonito molino.

Visto el molino, montaron de nuevo sobre las bestias y marcharon, atravesando el camino que iba hácia la aldea, á la hondonada que miraba al medio dia del cortijo. Allí admiró el señor José el brillante estado en que se hallaba el viñedo; pasaron luego á ver la bodega que estaba construida con la mayor inteligencia, y tenia cuantas comodidades y ventajas puede apetecer en esta oficina un labrador. Siguieron faldeando un pequeñito collado bien poblado de olivos todavia jóvenes. Habia manifestado Cárlitos al pasar por las viñas que hubiera dado la mas

hermosa de sus es tampas, por que las vides hubieran tenido ubas. Con este motivo le ocurrió al señor José preguntarle, cuando pasaban por el olivar, qué daria porque tubieran aceitunas los olivos.

—Nada; respondió el niño, ni me importaria mucho que no hubiera en el mundo aceitunas: son mas amargas.... y si por casualidad se toma una en la boca, no puede uno quitarse el mal sabor en toda la tarde.

—Has sido, dijo Herman al oír esta contestacion, demasiado imprudente, y te has dejado llevar de la glotoneria mas bien

que del buen juicio. Préfieres la uva, porque puedes regalar con ella el paladar un breve rato, á la aceituna de la que no puedes hacer el mismo uso, y no consideras que con la aceituna recreas el paladar en todas las comidas que haces. ¿De dónde, sino de las aceitunas sale el aceite con que se suavizan la mayor parte de los alimentos? Y aun sin eso, ¿qué aprecio no se hace de las aceitunas, asi negras como verdes, despues de sazonadas con el adobo correspondiente? Asi es como se desprecian frecuentemente en el mundo las cosas mas útiles y de la mayor importancia

solo porqué no en todo tiempo proporcionan las mismas ventajas, siendo en alguna época ingratas y desabridas. La aplicacion al estudio, por ejemplo, no suele seros de lo mas grato, porque limita el juego y la diversion á ciertos ratos determinados; pero en cambio proporciona ventajas sin cuento en el curso de la vida.

— Conoció Carlitos su precipitacion, y su yerro; y con la comparacion de las aceitunas comprendió muy bien, cuan descabelladamente obran los niños cuando rehuyen el estudio, atendiendo únicamente á la miagilla de trabajo y penalidad que lleva

consigo, y no á las inmensas ventajas que luego proporciona.

Era ya muy cerca de la noche cuando entraban de vuelta en la casa, despues de haber visto el molino de la aceituna, la huerta, y el jardinito. Todo pareció muy bien al señor José, quien dió el mas cordial parabien al señor Herman por el mucho partido que habia sabido sacar de un terreno la mayor parte erial y valdío.

Luego que llegaron y descansaron un breve rato, no pudiendo ya los niños disimular por mas tiempo la impaciencia que tenian por oir al señor José con-

tinuar la relacion de sus aventuras, comenzaron á hacerle mil preguntas acerca de su hermana María, y otras personas de quienes se habia hecho mencion.

La Adelaida le preguntó si vivia todavia su hermana Maria. Enrique quiso saber si cuando llevaron á Maria á la casa de huerfanos, y antes que la recogiese aquella señora su protectora, le habian ocurrido lances análogos á los suyos. Para satisfacer la curiosidad de todos, habido el permiso de Herman y Casilda, prosiguió su narracion en estos términos.

Aunque los bienes, que mi hermana debió á la bondad de su señora, no eran muy abundantes para la subsistencia de los dos, aumentados con lo que mi hermana trabajaba, lo pasabamos sin necesitar de nadie. A mi me causaba grande vergüenza el verme sin oficio ni beneficio, y sin medio de poder ayudar á mi hermana á sobrellevar el gasto diario de la casa. Quise aprender á carpintero y ebanista, luego á sastre, despues á zapatero; pero de todo me cansaba al poco tiempo, y conocí por la propia esperiencia que quien de jóven no se acostumbra al trabajo, no

podrá menos de ser pobre y holgazan toda la vida. Mi hermana trabajaba dia y noche, ya para el corte, ya para dos ó tres roperias, y yo noche y dia estaba mano sobre mano, sin tener para evitar la ociosidad ni aun el recurso comun y ordinario de la lectura. Mi conducta era el reverso de la de mi hermana, y aunque ella, prudente hasta lo sumo, jamas me echó en cara la inaccion en que vivia, con todo yo no dejaba de cavilar.

Ya hacia tres años que yo vivia en una inaccion la mas completa, cada dia mas fastidiado de mi mismo, y resolvia en mi in-

terior separararme de mi querida hermana y ponerme de nuevo á servir, solo porque su laboriosidad contra puesta á mi holgazaneria me confundia y avergonzaba. Traslució Maria mis pensamientos, é hizo cuanto pudo por disuadirme; pero sus esfuerzos hubieran sido inútiles, á no haber ocurrido un incidente que pudo ser muy bien venero de inmensa fortuna, pero que en realidad no fué sino ocasion aciaga de la calamidad mas infausta.

Murió la señora á quien servia mi hermana, y poco antes de morir revocó su disposicion testamentaria, dejando á mi hermana la

mayor parte de sus fincas, que debian pasar, segun su antiguo testamento, á manos de las comunidades religiosas. Asi pasamos de pobres á ricos, cuando menos lo esperabamos. Ya mi hermana no tenia necesidad de trabajar, lo que fué para mi un alivio considerable. Oir misa, visitar á los enfermos del hospital y socorrerlos, dar un pequeño paseo, asistir alguna noche al teatro, y cuando no, jugar un par de horas con la criada á la peregila ó la treinta y una, eran todas nuestras ocupaciones ordinarias. Asi pasabamos la vida mas tranquila é inocente que pasar-

se puede en este valle de lágrimas. Pero ¡oh! que la dicha de acabajo es bien efimera, y la fortuna bien poco sólida y duradera. Infeliz de aquel que no abrigue mayores esperanzas, ni aspire á otro bien estar mas puro, á otra felicidad mas sólida, á otra paz inamisible é inperturbable.

Ni mi hermana ni yo sabiamos leer; de consiguiente nos fue indispensable manejar nuestros intereses por manos ajenas, y servirnos de personas asalariadas. La persona, en quien recayó la eleccion de mi hermana, era enteramente indigna de merecer su confianza. Mi hermana y yo veiamos

los libros de cuentas todos ellos muy limpios y aseados; pero no podíamos leerlos, ni saber hasta que punto era exácto su contenido.

Hizo que mi hermana vendiese la mayor parte de sus fincas, y luego despues de reducido el capital á dinero, la persuadió seria conveniente imponerlo todo en los bancos extranjeros, cuyos renditos eran muy suficientes para mantenernos con abundancia sin tener que llegar al capital. Todo cuanto él hacia nos parecia muy bien y en nada nos oponiamos á su voluntad. Era mucha la franqueza que pasados tres ó

cuatro años, tenia ya con nosotros. Comia en casa y cenaba los dias que le parecia, y sin duda para grangearse mas el aprecio y estimacion de mi hermana, solia regalarnos alguna cosa de lo mejor y mas esquisito que se vendia en la plaza.

Observamos, asi Maria como yo, que hacia unos dias traia la imaginacion muy ocupada; sin que pudiesemos acertar con el objeto que llamaba su atencion. Creiamos estubiese enamorado, y con este motivo le dabamos alguna broma y nos reiamos un rato. Salió à paseo una tarde con nosotros, y cuando volviamos se

déspidió por un breve rato, asegurándonos volvería sin tardanza á tener el gusto de cenar en nuestra compañía. Vino en efecto, y trajo una botella de un excelente licor que le habia regalado uno de sus amigos. Jugamos, cenamos, y bebimos; no sé que clase de bebida seria la que nos dió, é hizo bebiesemos todos, pero á juzgar por los efectos, debió ser un nárcotico refinado. Yo al segundo vaso que bebí me quedé dormido, sin que haya recordado despues, como ni cuando se me llevó al dormitorio, en donde me hallé despues de haber dormido casi veinticuatro horas.

Otro tanto sucedió á la criada, que despertó antes que yo, y que asustada sin saber lo que le pasaba, vino inmediatamente á despertarme y decirme que, segun le habian dicho al darle luz las vecinas, eran las nueve de la noche, y no sabia como era aquello pues cuando habia concluido de cenar eran las once, y voceaban ya los serenos. Dijóme tambien que el cuarto de la señora estaba sin luz, y abierto, y que faltaban muchos de los muebles. No dejaron de alarmarme estas noticias, á pesar de que me parecia un sueño cuanto decia la criada. Me levanté, recorri con ella la casa,

y ni hallé á mi hermana ni á muchas de las preciosidades que teníamos en las salas. Fueron infinitos los cálculos que la muchacha y yo formamos hasta las doce, hora en que creí era ya en vano esperar á mi hermana, y que debía dar parte á la justicia de lo ocurrido. Como ya hallé casi todas las puertas cerradas no pudieron comenzarse las averiguaciones y procedimientos judiciales hasta la mañana siguiente. Parece que el administrador ayudado de otros dos, sacó á mi hermana profundamente dormida, á las doce de aquella noche en que habíamos cenado juntos, su-

bieron en un coche que tenían preparado á la puerta y marcharon á la administracion de diligencias en donde tomaron asiento en la que de allí á muy poco rato debia salir para Francia; diciendo á cuantos en la administracion preguntaban por el estado en que se hallaba aquella señora, que era una enferma á quien llevaban á tomar baños de caldas. Esto es cuanto se ha podido averiguar en dos meses que hace tuvo lugar este lamentable suceso. Yo he esperado en vano que mi hermana escribiese, sirviéndose de algun amanuense; y despues que he gastado lo poco que dejaron en

casa, he tomado el partido de ir poco á poco hasta las primeras poblaciones de Francia á ver si se me dan noticias del paradero de mi querida hermana. Ved si es mucho lo que he perdido; y si tendré deseos de continuar mi interrumpido viage.

Verdaderamente, dijo Casilda al huesped cuando concluyó de hablar, que son bien poco comunes las vicisitudes que habeis sufrido en el curso de vuestra vida. Cualquier otro de menos talento, otra alma menos grande se hubiera abatido á vista de tal número de desgracias y contratiempos; pero afortunadamente á vos ja-

mas ha faltado la debida conformidad, nunca ha dejado de lucir en vuestro corazon la antorcha brillante de la esperanza; y aun ahora mismo me parece que esperais hallar á vuestra hermana y volver á disfrutar por largos años de aquella paz y tranquilidad que apenas habeis podido gustar sino es en estos últimos años de vuestra vida.

Asi es, señora, respondió el señor José. Mis padres, atendieron mas bien á formar mi corazon é inspirarme sentimientos de rectitud y honradez, que á formarme un rico y pingue patrimonio. Y acertaron; pues ni las

riquezas de Creso hubieran dulcificado mis penas, como las dulcificó el aprecio que siempre hice de mi inocencia, y la firme esperanza de que, sino en esta vida, en la otra, mis padecimientos habian de tener fin, y ser reemplazados por un goze continuo de los mas puros placeres. Asi llevaba yo en mi corazon un fondo de consuelo, que casi me hacia inaccesible á las penas y amarguras que eran consiguientes á mi crítica situacion. El precio inestimable de este rico tesoro, le conocí yo y comence á apreciarle, cuando me halle entre compañeros pérfidos y malhecho-

res. ¡Cuán intolerables se les hacian las penas mas insignificantes! Igual parte teniamos ellos y yo en las penalidades anejas á aquel género de vida, y sin embargo entre ellos y yo ¡qué diferencia tan notable! Ellos maldecian, blasfemaban, y se manifestaban irritados hasta el punto de querer arrancarse la vida. Los infelices no veian mas mundo que el presente, y arrastraban con sentimiento una vida que preveian habia de ser, mientras durase, lánguida y miserable. Yo no veia en los trabajos, sino un ligero castigo, que Dios me enviaba por las muchas faltas que

habia cometido; castigo que conocia habia de evitarme el sufrir otros mayores en el purgatorio ó en el infierno. Yo sufría por amor de Dios que me probaba con tanta tribulacion, y me lisonjeaba con la esperanza de que no podria dejar sin premio mis sufrimientos un Dios tan bueno que remunerara hasta un vaso de agua dado por amor suyo, como me decia muchas veces el cura de mi pueblo. Por manera que yo comparaba algunas veces mis penalidades á los afanes y fatigas del labrador cuando siembra, que por graves y pesadas que sean las soporta sin repug-

nancia, con la esperanza de que á su tiempo han de dar fruto ciento por uno; y las de mis compañeros al duro é ingrato trabajo de quien se viese obligado á destruir y arrancar los cimientos de su propia casa, sin que pudiese prometerse la menor ventaja de tan duro é improbo trabajo.

Admirados por demas se quedaron asi Hermañ como Casilda al ver con que facilidad y soltura se espresaba, con que acierto y esactitud juzgaba de las cosas este hombre, que no tenia motivos sino para ser un ignorante sin ninguna clase de co-

nocimientos ni erudicion. Su talento era verdaderamente grande y con otra cultura hubiera sido sin duda uno de los ingenios mas sobresalientes. Asi se lo manifestaron, y como vieron tenia interes en partir cuanto antes no quisieron detenerle, y le digeron que, si el tiempo no lo impedia podia continuar su viage pasado el dia siguiente. Adelaida se comprometió á tener concluidas las camisas para entonces.

FIN DEL TOMO PRIMERO.
